

## ANTE LOS “INDIOS”: ¿JUICIO O PREJUICIO?\*

**Carlos Montemayor.** Novelista, ensayista, poeta y promotor de las letras indígenas. Ha publicado, entre otras, las novelas *Guerra en el Paraíso*, *Los informes secretos y Las armas del alba*. Entre su obra poética destacan *Abril y otras estaciones*, *Finisterra* y *Los poemas de Tsin Pau*. Entre sus ensayos se cuentan: *Chiapas, la rebelión indígena de México*, *La guerrilla recurrente*, y diversos volúmenes de relatos. Se le han concedido varios premios, entre los que se deben señalar el Premio Internacional Juan Rulfo, por su cuento *Operativo en el trópico*; el Premio Xavier Villaurrutia, por *Las llaves de Urgell*; el Premio Roque Dalton en reconocimiento al valor crítico y social de su obra literaria y, en 2007, el Premio Fundación México Unido a la Excelencia de lo Nuestro.

En las primeras páginas de su *Historia antigua de México*, en el siglo XVIII, Francisco Xavier Clavijero apuntó lo siguiente sobre los pobladores originales de México:

*Las naciones que ocupaban estas tierras antes de los españoles, aunque muy diferentes entre sí su lenguaje y parte también en sus costumbres, eran casi de un mismo carácter. La constitución física y moral de los mexicanos, su genio y sus inclinaciones, eran las mismas de los acolhuas, los tlaxcaltecas, los tepaneca y las demás naciones, sin otra diferencia que la que produce la diferente educación. Y así, lo que dijere de unos quiero que se entienda de los demás. Varios autores, así antiguos como modernos, han emprendido el retrato de estas naciones; pero entre tantos no se ha hallado uno que sea exacto y en todo fiel. La pasión y los prejuicios en unos autores, y la falta de conocimiento o de reflexión en otros, les han hecho emplear diversos colores de los que debieran. Lo que yo diré va fundado sobre un serio y prolijo estudio de su historia y sobre el íntimo trato de los mexicanos por muchos años.<sup>1</sup>*

\*El presente artículo fue extraído de los capítulos 4 y 7 del libro *Los pueblos indios de México. Evolución histórica de su concepto y realidad social*, México, Random House, 2008, con la autorización de su autor.

<sup>1</sup> Francisco Xavier Clavijero, *Historia antigua de México*, tomo I, p. 137.

En este momento, debemos aclararlo, “mexicanos” en Clavijero significaba los indios, no los mestizos ni criollos que desde el siglo XIX se identifican como mexicanos. Agregaba Clavijero:

*Por otra parte, no reconozco en mí cosa alguna que pueda preocuparme en favor o en contra de ellos. Ni la razón de compatriota inclina mi discernimiento en su favor, ni el amor de mi nación o el celo del honor de mis nacionales me empeña a condenarlos; y así diré franca y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he conocido... Sus almas son en lo radical como las de los demás hombres, y están dotados de las mismas facultades. Jamás han hecho menos honor a su razón los europeos que cuando dudaron de la racionalidad de los mexicanos. La organización social que vieron los españoles en México, muy superior a la que hallaron los fenicios y cartagineses en nuestra España, y los romanos en las Galias y en la Gran Bretaña, debía bastar para que jamás se excitare semejante duda en un entendimiento humano, si no hubieran contribuido a promoverla ciertos intereses injuriosos a la humanidad. Sus entendimientos son capaces de todas las ciencias, como lo ha demostrado la experiencia. Entre los pocos mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el común de la nación empleado en los trabajos públicos y privados, hemos conocido hábiles geómetras, excelentes arquitectos, doctos teólogos y buenos filósofos, y tan buenos (hablo de la Filosofía Árábica que se enseñaba en nuestras escuelas) que en concurso de muchos hábiles criollos llevaron el primer lugar...<sup>2</sup>*

¿Por qué los cartagineses y los fenicios no pusieron en tela de juicio la naturaleza racional de los pueblos ibéricos que vivían en la barbarie? ¿Por qué tampoco los romanos cuestionaron la naturaleza racional de los galos y anglosajones, carentes de civilización política y de ciencia? Acaso porque la cultura de los cartagineses y fenicios y la cultura de los romanos era superior, términos humanos, a la de los españoles, sajones y holandeses que arribaron como “descubridores” a América. No por la excelencia de la organización política, desarrollo científico o esplendor arquitectónico de esos pueblos bárbaros, puesto que carecían de ello. ¿Por qué la gran cultura y civilización de los pueblos antiguos de México no fue

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 139-140.

más respetada y encomiada que la condición primitiva de los pueblos europeos “descubiertos” por fenicios y romanos?

La existencia de dos virreinos, el de la Nueva España y el de Perú, por ejemplo, no se debió a la eficacia de una organización europea que se hubiera aplicado exitosamente en el nuevo continente, sino a la existencia de una organización política indígena previa. Los mexicas y los incas son la explicación esencial por su desarrollo y su fuerza política. En México y en Perú, los españoles encontraron imperios suficientemente poderosos y bien organizados; a partir de ellos, a partir de esas grandes civilizaciones, los conquistadores pudieron manejar, en forma centralizada, tan vastos territorios y tan numerosa población.

Su organización social se manifiesta en el desarrollo de otras disciplinas como la arquitectura y, particularmente, la ciencia. Además de su conocimiento perfecto de la órbita del planeta Venus, los mayas establecieron un calendario más exacto que el usado por la población mundial en el siglo XXI: con un error de ocho décimas de día cada 481 años, o de un día cada seis mil años. Puesto que las regiones mayas se caracterizan por la frecuente neblina y las largas estaciones de lluvias que provocan una abundante nubosidad en el cielo, esta precisión astronómica sólo puede explicarse por una gran coordinación de investigadores y observadores astronómicos situados en amplias y diversas zonas. Muchas generaciones de científicos se habrán necesitado, después de numerosas épocas, para llegar a esa exactitud de cálculos.

La evolución y el cultivo de la escritura en Mesoamérica fue también notable. La abundancia de las lenguas (más de ciento setenta al arribo de los españoles; apenas sesenta al iniciarse el siglo XXI) persuadió a los antiguos pueblos de México a utilizar una escritura no fonética, que sería forzosamente regional, sino ideográfica, que podría ser universal. Esta escritura sufrió el embate de la Conquista en múltiples formas, ya con la destrucción material de libros, ya con la imposición del alfabeto latino para escribir en sus lenguas, ya, finalmente, con la eliminación física y cultural

de la intelectualidad indígena. Uno de los más tristemente célebres episodios de destrucción de libros lo protagonizó fray Diego de Landa en el año 1562, en la ciudad de Maní, Yucatán. Su celo religioso lo llevó a efectuar el primer auto inquisitorial sin autorización aún del poder eclesiástico: arrojó a las llamas cuanto libro de los mayas pudo recolectar, e incluso cadáveres de dirigentes políticos y religiosos indígenas que ordenó desenterrar para amedrentar a esos pueblos.<sup>3</sup>

Por este destructor de libros prehispánicos, fray Diego de Landa, sabemos que, antes de la llegada de los españoles, las ciencias que enseñaban los mayas de Yucatán eran la cuenta de los años, meses y días, las fiestas y ceremonias, la administración de sus sacramentos, los días y tiempos fatales, sus maneras de adivinar, remedios para los males, las antigüedades, leer y escribir con sus propias letras y caracteres en los cuales escribían con figuras que representaban las escrituras...

*Escribían sus libros en una hoja larga doblada con pliegues que se venían a cerrar todos entre dos tablas que hacían muy galanas, y que escribían de una parte y de otra a columnas, según los pliegues; y que este papel lo hacían de las raíces de un árbol y que le daban un lustre blanco en que se podía escribir bien, y que algunos señores principales sabían de estas ciencias por curiosidad, y que éstos eran más estimados, aunque no las usaban en público.<sup>4</sup>*

Bernal Díaz del Castillo afirma que en un pueblo situado en el territorio del actual estado de Veracruz, y en aquel tiempo sujeto al poder de Cempoala, encontraron en un templo “muchos libros de papel, cogidos a dobleces, como a manera de paños de Castilla”.<sup>5</sup> Acerca de ellos Pedro Mártir se refirió diciendo que “los caracteres de que usan son muy diferentes de los nuestros y consisten en dados, ganchos, lazos, limas y otros objetos dispuestos en línea, como entre nosotros, y casi semejantes a

<sup>3</sup> Véase Luis A. Ramírez Aznar, *Auto de fe: Maní*, p. 81 y ss.

<sup>4</sup> Fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, cap. VII, pp. 21-22.

<sup>5</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, tomo I, cap. XLIV, p. 181.

la escritura egipcia. Entre las líneas dibujan figuras de hombres y animales, sobre todo de reyes y magnates, por lo que es de creer que en esos escritos se condenen las gestas de los antepasados de cada rey, y a la manera que los impresores actuales suelen muchas veces, para estímulo de compradores, intercalar en las historias generales, e incluso en los libros de entretenimiento, láminas representativas de los protagonistas... También disponen con mucho arte las tapas de madera. Sus libros, cuando están cerrados, son como los nuestros, y contienen, según se cree, sus leyes, el orden de sus sacrificios y ceremonias, sus cuentas, anotaciones astronómicas y los modos y tiempos para sembrar”.<sup>6</sup>

Como sugiere J. Eric. S. Thompson, estos libros en papel eran mayas.<sup>7</sup> Los nahuas, los mixtecos y los zapotecos contaban también con libros en piel de venado en distintos formatos. Otros documentos escriturarios fueron las estelas y, en general, las inscripciones talladas en piedras o lechos rocosos de ríos. A estos testimonios esculpidos debemos la noticia, por ejemplo, de que antes del año 400 a.C. habían aparecido ya algunos rasgos de la escritura maya, el uso numérico de barras y puntos, y varios elementos glíficos con asociaciones astronómicas definidos ya entre olmecas y mayas, como el signo *U* para la luna, el *kin* para el sol, *lamat* para las estrellas y el motivo de barras cruzadas para el cruce de la Vía Láctea con la eclíptica. Los glifos de algunas estelas de Monte Albán son más antiguos aún, pues datan del siglo VII a.C.

Sin este pasado de la escritura mesoamericana hubiera sido inexplicable la respuesta indígena inmediata en el aprendizaje de la escritura alfabética en escuelas que diversas órdenes religiosas establecieron en México, Oaxaca y Yucatán. A principios del año 1547, por ejemplo, fray Luis de Villalpando persuadió al adelantado Francisco de Montejo para que todos los jefes mayas de Yucatán que lo desearan, pudieran enviar a sus hijos a una escuela del monasterio para que

<sup>6</sup> Pedro Mártir, *Décadas del Nuevo Mundo*, tomo I, cuarta década, libro VIII, p. 426.

<sup>7</sup> J. Eric S. Thompson, *Un comentario al códice de Dresde. Libro de jeroglíficos mayas*, p. 15.

aprendieran a leer y escribir. La respuesta fue inmediata: más de mil niños acudieron a esa primera escuela, que dirigió fray Juan de Herrera. De ahí surgieron maestros que, a su vez, formaron a otros grupos de indígenas en pueblos de Yucatán que contaban con monasterios o visitas. Molina Solís señala entre los pueblos más aventajados a Camkal, Maní, Izamal, Cancenote, Tihosuco, Cochuah, Chikinconot, Tikuch, Ichmul, Xocen y Yalcón, y menciona como letrados indígenas notables por su elocuencia a Francisco Eván, del pueblo de Comcel, que en el monasterio de San Francisco, y con más de cincuenta años de edad, aprendió a leer y escribir y “toda la doctrina y moral cristiana”; a Nakuk Pech, autor de la crónica de Chicxulub en 1562, y a Gaspar Antonio Xiu, nieto del jefe Tukul Xiu de Maní, que escribía en español, maya y latín, y a quien el ayuntamiento de Mérida le encomendó redactar, en compañía de Martín de Palomar, la relación que se dirigió al rey en 1597. Molina Solís aclara que, desde luego,

*no había pueblo de indios en donde no existiese cierto número de ellos que supiese leer y escribir y que pudiese redactar no solamente cartas, sino documentos, y aun algunas crónicas: los caciques, alcaldes y regidores por necesidad debían saber leer y escribir, y como estos últimos no podían ser reelectos, forzosamente había que contar en cada pueblo con cierto número de individuos que supiesen leer y escribir.<sup>8</sup>*

La Conquista no se redujo a las armas: entró en lo profundo de la cultura. Con la educación elemental y la castellanización se propusieron hacer más dóciles a estos pueblos y provocarles la admiración por la cultura española. Pero, como el desarrollo de los indios se vio frenado en muchos aspectos del orden social y económico, podríamos afirmar que, en el fondo, la educación sólo se propuso someterlos culturalmente. La experiencia del Colegio de Santiago Tlatelolco, abierto por los franciscanos en 1536, es ilustrativa. Antes de la fundación del Colegio, el presidente de la Audiencia de México, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, había pedido a la Orden de

---

<sup>8</sup> Véase Juan Francisco Molina Solís, “Historia de Yucatán durante la dominación española”, en Carlos Castillo Peraza (recopilador), *Historia de Yucatán*, p. 193.

San Francisco que enseñara latín a los indios y el resultado fue que los estudiantes se mostraron tan hábiles y capaces que aventajaban a los españoles. El Colegio se propuso preparar a jóvenes indios para el ingreso en el rango eclesiástico. Setenta alumnos estudiaron música, latín, retórica, lógica, filosofía y medicina indígena. Sahagún refirió que:

*los españoles y otros religiosos que supieron esto, reíanse mucho y hacían burla, teniendo por muy averiguado que nadie se haría poderoso para poder enseñar gramática a gente tan inhábil... Como vieron esto por experiencia, los españoles seglares y eclesiásticos espantáronse mucho de cómo aquello se pudo hacer<sup>9</sup>*

Ya por, el recelo de que los indios ingresaran en el ministerio eclesiástico, ya por la resistencia que opuso la sociedad colonial a la elevación eclesiástica de jóvenes indios, el propósito del Colegio se frustró. Por ello, además, la Iglesia mexicana fue europea y criolla y, en último término, mestiza, pero no india, hecho al que regresaremos después.

Sorprende el talento de los frailes españoles del siglo XVI que en pocos años lograron aprender varias lenguas indígenas del Nuevo Mundo y preparar gramáticas y vocabularios, aplicar alfabetos prácticos y escribir numerosos cantos, dramas, rezos, catecismos. Un trabajo portentoso, es cierto, sobre todo si añadimos su labor educativa durante varios años entre la aristocracia indígena. Pero esta erudición propició que los numerosos escribas indios quedaran a la sombra de sus patrones civiles o religiosos como informantes, y que la escritura en lenguas indígenas no estuviera precisamente al servicio de las lenguas, sino al de la religión de los conquistadores. No es impropio decir que la escritura alfabética de las lenguas indígenas pronto se convirtió en un instrumento de control cultural.

---

<sup>9</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general*, en Miguel León-Portilla, *Fray Bernardino de Sahagún en Tlatelolco*, p. 123.

El dominio de las lenguas indígenas que alcanzaron los frailes españoles del siglo XVI sólo es comparable con otro despliegue de lingüistas del siglo XX, también religiosos: el Instituto Lingüístico de Verano, que desarrolló un estudio admirable y minucioso de muchas lenguas para otra vez traducir en ellas la Biblia de acuerdo con la evangelización protestante. Este Instituto produjo gramáticas y cartillas útiles para los programas de alfabetización indígena que el gobierno mexicano alentó desde entonces y que, por su orientación final, representó otra especie de catequesis “cívica”: la castellanización se propuso desaparecer las lenguas indígenas por considerarlas una barrera para la unificación nacional. Es decir, en el siglo XX el conocimiento de la escritura alfabética en lenguas indígenas de nuevo llegó a convertirse en un instrumento de cambio y control cultural.

Pero, como decíamos, la Conquista avanzó en otros terrenos. En los inicios de la Colonia se prohibió a los pueblos indios seguir cultivando su propia música, su danza y su teatro. Sabemos que los mayas contaron con una importante tradición teatral y que celebraban en sus fiestas representaciones de teatro y danza. Las fiestas patronales de comunidades indígenas a veces contienen hoy representaciones de combates entre distintos ejércitos de actores y danzantes; quizá son las versiones actuales de las populosas obras dramáticas prehispánicas, como el *Rabinal Achí* de lengua quiché. El teatro se basaba en la representación colectiva de innumerables temas cosmogónicos, históricos o de la vida cotidiana, donde la danza y la música eran elementos indisociables.

La música también sufrió cambios, porque se prohibió el uso de los instrumentos tradicionales prehispánicos y se implantaron los instrumentos europeos. En algunas zonas es ahora casi absoluta la utilización de instrumentos de viento, acompañados de platillos y grandes tambores; en otras, se han mezclado el violín y la guitarra con diversas clases de flautas.

En los murales de Bonampak pueden verse algunos instrumentos musicales y a varios actores, en posición quizá de esperar turno en alguna

representación, que portan máscaras de pájaros, animales y fauna marina. Por Diego de Landa sabemos que dos edificios de Chichén Itzá, a los que llamó “teatros de cantería”, eran utilizados como escenarios para representar “farsas y comedias”; uno de ellos quizás ubicado poco antes del patio del juego de pelota, adornado en sus cuatro lados con cráneos humanos esculpidos en piedra.<sup>10</sup> Landa presenció dos importantes danzas, una de ellas, llamada Colomché o Danza de las Cañas, y la otra que ejecutaban más de ochocientos danzantes con banderas, dando largos pasos al son de la música; esta danza duraba todo el día y el pueblo llevaba de comer y beber a los ejecutantes en el mismo sitio donde bailaban.

Las grandes danzas se transformaron con la Conquista. Al lado de los autos sacramentales, surgieron los dramas alegóricos, alentados por misioneros. La Pasión y la Crucifixión, por ejemplo, aún se representan cada año en diversas regiones del país; las cruzadas o la reconquista española se transfiguraron en una nueva versión del drama de la Conquista: las danzas de moros y cristianos, donde los moros han terminado por identificarse con los pueblos indígenas.

Una de las representaciones más conocidas durante el periodo colonial fue el *Tun teleche* o Danza del Tun. Bárbara Bode<sup>11</sup> cree que una danza de San Pedro Saloma, en Guatemala, guarda relación con ésta y que ha tomado también elementos pertenecientes a la Danza de la Conquista. En 1957, en los Altos de Guatemala existían 63 manuscritos para la Danza de la Conquista, como propiedad de las poblaciones indígenas en Momostenango, San Andrés Xicul y San Cristóbal. En los Altos de Chiapas no se conocen manuscritos de esta naturaleza, pero probablemente existieron en otras épocas. En algunas de esas danzas, Cristo mismo figura como danzante. Acaso este arte colectivo de los pueblos indios

---

<sup>10</sup> Fray Diego de Landa, *op cit.*, cap. XLI, pp. 126-127.

<sup>11</sup> Acerca de las observaciones de Bárbara Bode y otros libretos de danza, véase Victoria Reifler Bricker, *El cristo indígena, el rey nativo*, pp. 249, 283.

contiene muchos caminos de resistencia y otras formas de dialogar con las complejas esferas que entienden como su pasado y su presente.

Pero, insistamos, ¿por qué los fenicios, cartagineses y romanos fueron más objetivos al enfrentarse con los pueblos bárbaros ibéricos, galos y sajones que los europeos de los siglos XV y XVI que se enfrentaron con los grandes y civilizados pueblos del continente americano? Quizá los fenicios y los romanos se hallaban más libres del fanatismo religioso. Acaso los fenicios y los romanos actuaron con menor codicia que los europeos del siglo XVI.

### **LA REVALORACIÓN DEL INDIO COMO ORIGEN DE MÉXICO**

Los que en fecha temprana creyeron que el fundamento del Nuevo Mundo era el indio, no aceptaron tampoco su cultura: lo vieron a través de la tradición clásica y cristiana. Vasco de Quiroga se sorprendió de la pureza de costumbres, de la apacible condición natural de los indios de la Nueva España y de su gran ingenio y buen decir. Para él fue el encuentro con hombres de oro iguales a “aquellos del siglo dorado de la primera edad”, y les aplicó estos versos de la *Égloga IV* de Virgilio:

*iam nova progenies caelo demittitur alto.  
...ac toto surget gens aurea mundo.  
(Ya una nueva progenie del alto cielo es enviada.  
...para que surja el linaje de oro en el mundo).*

que siglos después retomó Diego José Abad para aplicarlos ya no a los indios, sino a México entero.<sup>12</sup>

En ese periodo de los escritores neolatinos, como Diego José Abad en la segunda mitad del siglo XVIII, la idea del indio en la Colonia comenzó a modificarse ya no por la necesidad de combatirlo, someterlo o

<sup>12</sup> Véase Diego José de Abad, *Poema heroico*, Canto XXIII, versos 110 a 137, pp. 448-450.

evangelizarlo, sino por el interés de revalorar su pasado como herencia de un nuevo país.

Recordemos que, a los ojos de españoles del siglo XVI, los pueblos indígenas se hallaban postrados por el demonio; también, que difícilmente se les reconocía su naturaleza racional. Esta concepción iba aparejada a otros elementos; por ejemplo, que los novohispanos eran españoles que no estaban obligados a imaginar que el territorio en que se encontraba varios siglos después sería, no un dominio español, sino un nuevo país. Bernardo de Balbuena vio en los indígenas un tenebroso mundo de salvajes sobre cuya derrota levantaba España su poderío. Por ello, su *Grandeza mexicana* no es propiamente un canto a México, sino a la manifiesta grandeza del poderío español; a España dirige sus obras: ella es la patria con que sueña, la verdad política y social en que cree y a donde espera que

*...a tus playas  
mi humilde cuerpo vuelva, o sus cenizas.*<sup>13</sup>

En su extenso poema *El Bernardo* aspira a ser para España lo que Luis de Camões significó para Portugal. Fue consciente de que le tocaba vivir en remotos pueblos y no en el corazón de la metrópoli española que amaba. Pudo quejarse diciendo que

*...vivir en tierras miserables  
son galeras de Dios en este mundo.*<sup>14</sup>

Este orgullo de la grandeza hispana le permitió al poeta Antonio de Saavedra Guzmán asegurar que los soldados españoles eran esforzados y piadosos, llenos de santo celo, pues, de otro modo, no hubieran reducido a tan bárbaras naciones:

---

<sup>13</sup> Véase el análisis de la obra de Bernardo de Balbuena, en José Rojas Garcidueñas, *Bernardo de Balbuena. La vida y obra*, p. 132.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 76.

*Heroicos hechos, hechos hazañosos,  
empresas graves, graves guerras canto  
de aquellos españoles belicosos,  
que al mundo dejarán un nuevo espanto:  
pues con audaz esfuerzo y valerosos  
hechos, con pecho pío y celo santo,  
redujeron tan bárbaras naciones  
de sus ritos infieles y opiniones.<sup>15</sup>*

En autores posteriores, como Sigüenza y Góngora, todavía llega a sentirse la fuerza de esta tradición de hispanidad. Cuando describe la batalla de los españoles contra los piratas franceses en la isla de Tortuga, habla de nuestras baterías” con la conciencia de ser partícipe del honor y poderío de España.<sup>16</sup>

Bajo este orgullo corría, paralelamente, como natural consecuencia, el sentimiento de ser los dueños y detentadores de estos territorios. Es decir: se veían como dueños de colonias, no como forjadores de un país. Hernán Cortés se quejó, en los inicios de la Conquista, de que los españoles no querían arraigarse en esas tierras, porque, explicaba, “todos, o los más, tienen pensamientos de se haber con estas tierras como se han habido con las islas que antes se poblaron, que es esquilmarlas y destruirlas, y después dejarlas”. Hernán Cortés había decidido fundar pueblos, ciudades, organizar un nuevo país. En su afán visionario, quiso hacer de México un imperio, una tierra poderosa destinada a la misión universal de unir Asia y Europa. Pero a ese proyecto inicial, observable en sus *Cartas de relación* y estudiado por Luis Villoro, se enfrentaron tres principales fuerzas: la decisión de la Corona Española de establecer una burocracia virreinal independiente de los conquistadores; la conciencia de que en la Nueva España debía verse sólo la grandeza de España, no la de un nuevo país, y la codicia y la rapiña. Uno de los interlocutores de los *Diálogos de Cervantes de Salazar* se sorprenderá de que, “en tierra donde

<sup>15</sup> Antonio de Saavedra Guzmán, “El peregrino indiano”, en Francisco Pimentel, *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México*, cap. III, p. 100.

<sup>16</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Trofeo de la justicia española en el castigo de la alevosía francesa*, cap. I y II, citado por Julio Jiménez Rueda en *Antología de la prosa en México*, p. 69.

la codicia impera”, se hubiese creado la Universidad Pontificia.<sup>17</sup> Es decir, mirarnos no como una patria que debe forjarse, sino como un territorio de rapiña, asienta una de las tradiciones más constantes de nuestra cultura: que los funcionarios públicos administran un territorio hecho para el saqueo, no para fortalecer un país. Lucas Alamán lamentó que los funcionarios de su tiempo trataran a México con la misma indecorosa conducta con que se condujeron los virreyes de Carlos IV:

*Lo han considerado como país de conquista o como un real enemigo tomado por asalto.*<sup>18</sup>

Pero más tarde, como en un cauce paralelo a esta corriente de hispanidad, ocurrió otro proceso: la imagen del criollo como el heredero desposeído. En el siglo XVIII, el poderoso, el que se enriquecía en la Colonia, seguía siendo el español y el funcionario enviado por la metrópoli. Emilio Rabasa explicaría

*que a fuerza de decirles que no eran españoles, los peninsulares llegaron a inspirar a los criollos la idea de que debían ser algo en punto a nacionalidad.*<sup>19</sup>

A esto hay que agregar un dato más: la creencia europea en la inferioridad de la tierra, ambiente y sociedades de América.

Durante los siglos XVII y XVIII hubo grandes cambios en la imaginación y la ciencia de los europeos. Dijimos ya que Antonello Gerbi trató con amplitud estos cambios en su ya clásica obra *La disputa del Nuovo Mondo. Storia di una polemica 1750-1900*. En ese tiempo, Europa comenzó a construir su peculiar versión de que la vida en el continente americano era inferior en todo a la de los viejos continentes. Una nueva y fantástica ciencia se desarrolló entre historiadores y naturistas. Los

<sup>17</sup> Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554 y túmulo imperial*, primer diálogo, p. 21.

<sup>18</sup> Véase Arturo Arnáiz y Freg, en Lucas Alamán, *Semblanza e ideario*, pp. XXV-XXVI.

<sup>19</sup> Emilio Rabasa, *Retratos y estudios*, p. 88.

científicos más célebres en este empeño fueron el conde de Buffon y su seguidor Corneille De Pauw. En esos años, habíamos dicho que, para los diccionarios europeos, los pobladores originales del continente americano ya no sólo eran indios, sino también antropófagos, salvajes y naturales. Es decir, el concepto había evolucionado y el trato a los indios había prácticamente concluido. Tocaba el turno ahora al continente mismo y a sus nuevos ocupantes.

Europa creaba otra imagen del mundo americano: todo en América era inferior porque se trataba de un continente que no había surgido al mismo tiempo que los otros. Si había nacido después, se trataba de un continente geológicamente inmaduro. Si había aparecido antes, se trataba entonces de un continente ya degenerado. Ante este territorio acorralado por la inmadurez o la senectud, Europa se postulaba como el continente sano y superior. En el afán por decretar la inferioridad territorial y humana de América, llegaron al extremo de afirmar que los americanos no hacíamos el amor porque nos faltaba la potencia vital para gozar de los dones sexuales.

En este contexto debemos situar las obras de un grupo de humanistas del siglo XVIII que celebraron por vez primera la sabiduría política y moral de los antiguos pueblos de México. Varios rasgos tuvieron en común. Primero, haber nacido todos en el territorio de México y alrededor de los últimos años de la tercera década del siglo XVIII. Segundo, haber escrito la mayor parte de sus obras en latín. Tercero, haber pertenecido a la orden de los jesuitas. En la década de los cincuenta comenzaron a tener en la Nueva España una influencia decisiva en el rectorado de colegios. Enseñaban historia, filosofía, física, matemáticas, teología, latín; dominaban varias lenguas indígenas, luchaban porque se extendiera la ciencia experimental y porque el pensamiento cartesiano tomara en la vida universitaria el lugar de la tradición escolástica. Pero, sobre todo, acaso sin saberlo, se preparaban para la comprensión histórica de México, por primera vez, como un país diferenciado de España.

El año de 1767, la Corona Española decretó la expulsión de los jesuitas en todos sus territorios. La mayor parte de ellos fueron acogidos en Italia, especialmente en Bolonia. Por ello, en Europa formularon, en forma acabada, la nueva visión histórica de México. A Francisco Xavier Clavijero, a José Luis Maneiro, a Manuel Cavo, a Diego José Abad, a Francisco Xavier Alegre, a Rafael Landívar, a Rafael Campoy, entre otros, debemos este cambio en el pensamiento histórico y político.

El concepto que del indio tuvieron estos escritores no fue ya el de “bárbaro” e “infiel” con que se le vio dos siglos antes. Revaloraron la cultura prehispánica y la compararon con las de otros pueblos como los griegos, los romanos o aun los hebreos. Postularon ese gran pasado como parte del origen de México; también, el mestizaje como la naturaleza original de los mexicanos, y afirmaron la idea rectora de la educación como única vía de evolución social, superando la convicción buffoniana de que el atraso o progreso de los pueblos se debía a la naturaleza de las razas y de continentes. Estas ideas fueron el anuncio del pensamiento independentista que se fortaleció en México en las guerras libertarias del siglo XIX.

De algún modo, ellos ya no veían la cultura prehispánica desde ojos españoles, sino mexicanos. Con ellos, la conciencia de la dignidad del indio como parte de la historia patria equivalía en verdad a otro descubrimiento de México, ya no a su conquista. Desde entonces fue posible entender que los momentos en que el indio adquiere una presencia fundamental de carácter político, como en la defensa de fray Bartolomé de las Casas ante la injusticia española, o de carácter histórico, cuando se aplica su propio pasado al del país, estamos cerca del origen de la mexicanidad.

Pero entendamos bien los alcances y los límites de este nuevo “descubrimiento” de México. El criollo del siglo XVIII recuperó la cultura que la Conquista quiso destruir y cancelar. En el siglo XVI, la conversión religiosa del indio marcó su anulación como pueblo y su “renacimiento” cristiano; en el siglo XVIII se consumó su “renacimiento” histórico. Sin

embargo, el indio que renació fue una idea, una invención ya no de europeos, sino de americanos. A partir de entonces creemos descender de españoles y de indios, nos creemos herederos de una gran cultura prehispánica y la aceptamos sin compromiso alguno con los pueblos que descenden de esas viejas culturas. Como una especie de esquizofrenia social, abrimos un gran abismo entre la población indígena actual y la prehispánica. Aplaudimos la figura abstracta del pasado y nos avergonzamos del presente. Exaltamos la memoria prehispánica como mestizaje, pero nuestro racismo se pone al descubierto frente al indio real. Celebramos el mundo prehispánico, pero discriminamos a los indios de carne y sangre.

Es decir, en el siglo XVIII otra vez se trató de aceptar a la población originaria del Nuevo Mundo no como era en ese momento (o sea, un pueblo esclavizado y despojado), sino como lo que ya había dejado de ser (la civilización prehispánica abolida por la Conquista). El criollo reivindicaba como suyos a los antiguos, pero negaba a los descendientes de la población conquistada.

En Estados Unidos ocurrió, no algo semejante, sino peor. La celebración del Día de Acción de Gracias se propone recordar a los pavos con que pudieron sobrevivir milagrosamente los primeros colonos holandeses y sajones. Los estadounidenses del siglo XXI siguen agradeciendo a Dios a lo largo de todo su extenso país por los pavos que salvaron de la muerte a aquellos hambrientos colonos. Pero, curiosamente, el país entero olvida agradecer en ese día sagrado a los indios que regalaron los pavos. Tienen capacidad de recordar a los pavos, pero no de recordar a los dueños de los pavos. Ayer y hoy.